

á ejercer el de Tesorero General. El Dr. RIVAS abandonó al poco tiempo ese destino para ocupar puesto en el Congreso de 1873, como Senador Plenipotenciario de Cundinamarca.

Como escritor, su obra quedó esparcida en varios periódicos, especialmente en *El Liberal*, periódico que fundó y redactó en asocio de los Dres. Ricardo Vanegas y Pedro Fernández Madrid. Escribió además un programa para la enseñanza del Derecho y Ciencia Constitucional, é hizo varias traducciones del francés.

En el cementerio de Bogotá, en el sencillo monumento de la familia, hay una lápida en la cual se lee: *Rafael Rivas Mejía, Agosto 14 de 1897.*

RAIMUNDO RIVAS

APUNTES SOBRE BALMES

PRIMERA PARTE

SU VIDA Y SUS OBRAS

(Continúa)

II

En la antigua ciudad de Vich, en Cataluña, vio D. Jaime Balmes la luz el 28 de Agosto de 1810. Fueron sus padres gentes honradas y virtuosas, y su madre, mujer enérgica, blanda sin debilidad y severa sin rigor, influyó poderosamente en su educación. Una vivacidad extraordinaria y una imaginación ardiente se hicieron notar en Balmes desde muy temprano, y estas dos cualidades, que nunca se debilitaron en él, trascienden frecuentemente en sus escritos, y hay páginas suyas en que el lenguaje del poeta reemplaza el grave y sereno de la Filosofía. A los siete años de edad principió sus estudios en el Seminario de Vich, donde primero se consagró con una especie de

pasión á la lengua latina, y en seguida cursó Retórica, Filosofía y Teología. Pasó luego á la Universidad de Cervera, resuelto á seguir la carrera sacerdotal, solicitando antes una beca en el Colegio de San Carlos; y allí, como hombre de firme voluntad, se impuso desde entonces el freno de una rigurosa disciplina.

Non multa, sed multum, fue el lema de Balmes desde el comienzo de sus estudios: leía poco, pero meditaba mucho. Antes de principiar un libro consideraba el título, repasaba el índice, se esforzaba por reconstruir en su mente el edificio intelectual, y con este ejercicio duplicaba las maravillosas fuerzas de su entendimiento. A semejanza de Malebranche, permanecía largas horas en su habitación, cerrados los balcones y sin luz, entregado á hondas meditaciones. Estudiaba con avidez la lógica, consultaba sistemas, y llevado de su instinto de originalidad, resolvía los problemas antes de ver su solución.

Durante cuatro años no hizo más que sondear la *Summa* del Angel de las Escuelas. "Todo, decía Balmes, se encuentra allí: filosofía, religión, derecho político: todo está allí aglomerado, bajo aquellas cláusulas lacónicas que encierran abundantes riquezas." *El Genio del Cristianismo* vino después, y en el corazón del joven catalán despertó largo eco aquella vindicación del Cristianismo fundada en el amor y el sentimiento de la belleza. Más tarde leyó á de Maistre é intentó traducir sus obras para el público.

En ninguno como en Balmes se realizó con más exactitud el hecho de que la fe precede á la razón en el proceso de los conocimientos. El *Magister dixit* fue su única guía en los primeros años de sus estudios. Oía con veneración la palabra de sus maestros; hacíasele imposible que pudieran equivocarse, y sólo se asombraba de que exagerasen la dificultad de ciertas cuestiones que él abarcaba sin trabajo. Bastaba que se le presentara un ligero obstáculo en el campo del saber, para que se redoblara su inmensa energía; lo que para otros habría sido barrera insuperable,

para él fue estímulo constante. Hablaba una vez con una persona eminente, y oyóle decir que las matemáticas no podían aprenderse sin maestro: ese mismo día eligió textos, dedicóse con ardor á ellos, y algunos años después se presentaba de opositor á una cátedra en Vich; y como el Director del Establecimiento le preguntase si había estudiado las matemáticas, *las he aprendido*, contestóle el joven profesor.

De los diecisiete á los diecinueve años la inteligencia de Balmes había adquirido prodigioso desarrollo. Contaba apenas veintitrés cuando recibió las órdenes sagradas, y era ya un maestro. Su sabiduría sobrepujaba á la de los hombres más doctos de su patria, y su virtud era mayor que su sabiduría. La dulce lectura de los escritores ascéticos españoles, superiores á los de cualquier otra nación, nutrió ese espíritu abierto á las más suaves emociones al par que avezado á los procedimientos analíticos.

Juzgaba Balmes que el empleo más noble de un sacerdote era el de cura de almas; y así, tan pronto como recibió la investidura sacerdotal, pidió con humildad al Pastor de su Diócesis le concediera un curato; pero éste, que comprendía la altura á que Balmes había de rayar en la ciencia, le ordenó que regresara á la Universidad. Hízolo así; y dos años más tarde, en 1835, recibió el grado de Doctor en Teología. Hasta 1837 permaneció en Cervera, y durante ese tiempo explicó como sustituto un año de Escritura y otro de Teología. Por último regresó á Vich, después de larga ausencia.

En la tranquilidad del hogar consagróse Balmes al estudio con tenacidad extraordinaria. "La variación es por sí sola un descanso," decía. Sólo en la contemplación de la verdad se mitigaba el ardor de su espíritu. Olvidaba por algún tiempo las matemáticas para entregarse á las leyes, buscaba en la historia un reposo á su espíritu fatigado con prolongadas especulaciones teológicas, alternaba la política con los idiomas, y á veces dejaba que su imaginación vagara también por las serenas regiones de la poesía.

Hasta ese entonces Balmes no había hecho más que leer y meditar, y él mismo no tenía conciencia de sus propias fuerzas; pero un suceso inesperado le hizo pensar por un instante en sí mismo y tener como un presentimiento de lo que había de ser en adelante.

Un día del año de 1839 llegó á sus manos un modesto periódico titulado *El Madrileño Católico*, el cual ofrecía publicar en sus columnas la mejor memoria que se escribiera sobre *El celibato del Clero*. Balmes no pudo resistir en esta vez; escribió sobre tan debatido asunto, y á poco apareció su nombre al pie de la memoria que se había llevado la palma.

III

Hemos trazado á grandes pinceladas la educación y los rasgos salientes de la vida de Balmes hasta la publicación de su primer ensayo: considerémosle ahora por otro aspecto. Los dos primeros opúsculos nos exhibirán el punto á que había enderezado sus largas labores. Sólo contaba treinta años, y ya había atesorado en su entendimiento el gran caudal de ciencia que á manera de claro manantial corre en todas sus obras. Tímido en su primer ensayo, iba á mostrarse más osado en su primer opúsculo: fue éste *las Observaciones políticas, sociales y económicas sobre los bienes del Clero*, valiente escrito forjado por un español de cepa al par que por un piadoso sacerdote católico.

En España, como en toda nación pobre cuyo gobierno trata de salir de apuros sin apelar á complicadas combinaciones económicas, los bienes del Clero han sido el blanco á que se han dirigido los tiros de los políticos enemigos del Catolicismo. Reinando Carlos III los consejeros del Monarca tantearon infinidad de medidas, zolapadas unas, descubiertas otras, cuyo único fin era apoderarse de ellos. En 1812 tuvo lugar una escandalosa expropiación; más tarde, en 1823, verificóse otra, y en 1837 el Clero fue nue-

vamente víctima de este incalificable ataque á la propiedad. En 1840 se trataba de reparar esta injusticia, y fue entonces cuando Balmes se presentó á ilustrar la cuestión con sus *Observaciones*.

No examina Balmes el asunto á la luz de los principios canónicos. Abarca con escrutadora mirada los más remotos tiempos, investiga el origen de los bienes del Clero, pone en claro cómo en las épocas de continuos trastornos por que pasó Europa, no sólo era conveniente sino natural que la Iglesia, para ejercer su benéfica acción, disfrutase de cuantiosos bienes. "La Iglesia necesitaba independencia para obrar, dice, y *ni la estabilidad ni la independencia se adquieren sin la propiedad*"; y la beneficencia, obra exclusiva del Catolicismo, se presenta como uno de los resultados lógicos de los bienes que el Clero poseía.

A cada paso en este opúsculo, como en todo lo que salió de la brillante pluma de Balmes, la aguda observación hiere vivamente el espíritu, sorprende al lector la frase feliz, y, sobre todo, la verdad se presenta con claridad al entendimiento.

"Una vez atacado un género de propiedad, dice, ya no es posible defender los otros; el principio asentado para legitimar la invasión de una, se extendería igualmente á las otras; la aplicación es odiosa, las consecuencias rigurosas; y siendo tan sabrosos para la codicia y la inmoralidad los resultados de tales doctrinas, difícil será que en presentándose oportunidad no se aprovechen de ella las pasiones políticas...."

Las *Observaciones sobre los bienes del Clero* produjeron un efecto tan grande como inesperado para el joven defensor de los derechos eclesiásticos: los hombres más apegados á las luchas parlamentarias se preguntaban admirados quién era el brioso escritor que con tanta elocuencia al par que con tanto conocimiento de las ciencias económicas, políticas y sociales, venía en ocasión tan solemne á ilustrar un asunto que por su importancia misma no pue-

de ser examinado con ánimo sereno. En efecto, á él está ligada en cierto modo la Religión Católica, y por esto la lucha es más tenaz, el ataque más vivo y la resistencia igual al ataque. Los periódicos hicieron un justo elogio del opúsculo de Balmes, y un Diputado, D. Santiago de Tejada, á quien ha colocado muy alto la defensa que hizo entonces de los bienes del Clero, exclamó al leerlo: mi discurso nada vale.

No fue poca gloria para Balmes el que, merced en gran parte á su célebre escrito, se devolviese al Clero lo que le había sido arrebatado en momentos anormales.

IV

Ya por entonces tenía Balmes entre manos la obra que en breve tiempo le conquistaría una gran celebridad en Europa: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*; pero no consagró sólo á ella su atención, y en medio al trabajo que debe traer consigo una obra de tamaña magnitud, escribió dos nuevos opúsculos: las *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, y la *Religión al alcance de los niños*. El primero, á pesar de que, como político que es, tiene apenas el mudable interés que le comunican los tiempos en que vio la luz, léese aún con agrado, porque á Balmes su talento en grado eminentemente generalizador le conducía á dilucidar todo punto, por circunscrito que estuviese á límites locales, colocándose en amplios sitios de observación. Sin embargo, no quiere decir esto que sus disquisiciones fuesen mera exposición de teorías más ó menos aplicables, pues en tratándose de política él sabía que no se puede prescindir de las circunstancias de lugar y de tiempo; y á menudo se le ve descender al terreno de la práctica y fijar en los hechos su sagaz mirada.

La guerra acababa de terminar, los partidos se enardecían, y por ello las *Consideraciones* tuvieron mayor resonancia que su escrito anterior. Hombre de carácter

independiente, mostró los errores de las diversas agrupaciones políticas que dividen á España, puso el dedo en la llaga, sin que le arredrase aun el poderoso y batallador partido á que él mismo mostraba mayores simpatías: el Carlismo.

La Religión demostrada, impresa á su vuelta de Barcelona, en donde había publicado las *Consideraciones*, es un precioso librito que contiene en pocos páginas cuanto referente á Religión necesita saber toda persona medianamente educada.

Por este tiempo las matemáticas ya poco le satisfacían, empeñado como estaba en llevar á cabo el *Protestantismo*; y sólo por buscar alguna distracción emprendió en Vich, en asocio de dos compañeros, la publicación de una revista de filosofía, religión y política: *La Civilización*. En este periódico dedicó notables artículos, algunos coleccionados luego, al examen de importantes materias, y trató en algunas de ellas de Cataluña, su tierra natal, de la cual habló siempre con cariño.

V

Pero todos los opúsculos que hemos mencionado son débiles reflejos ante la vivísima luz que había de difundir *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la sociedad europea*. No es simplemente una obra de historia, ni de religión, ni de filosofía; más bien es un estudio del desarrollo del entendimiento humano vivificado por las enseñanzas de Jesucristo; como filosofía de la historia, cada hecho aparece con sus verdaderas causas y efectos, sin que lo engrandezca ni lo deforme mezquino interés alguno; y como brillante apología del Cristianismo, surge éste ante los ojos del lector con todo su poder, con toda su grandeza, con toda su hermosura.

Sin haber concluido la obra principió su publicación, y antes de terminar la edición española, lo que no se verificó hasta 1844, se trasladó á París á revisar la edición que

de ella se hacía; luego visitó á Londres y regresó á España, para fijarse por corto tiempo en Madrid.

“El primer efecto que produjo *El Protestantismo*—dice uno de los biógrafos de Balmes—fue el de la sorpresa, después el de la admiración.” (1) Con gloria puede figurar esta obra al lado de la *Ciudad de Dios* y del *Discurso sobre la historia universal*; si bien Balmes, para trazar la esplendente marcha del Catolicismo al través de las edades, pide su elocuencia á los hechos más sencillos, y sus inspiraciones al sentido común, á la sana filosofía.

Para probar, humanamente hablando, las ventajas que el Catolicismo tiene sobre la Reforma, preciso era echar una mirada sobre el estado en que se hallaba Europa á la aparición de ella. Balmes afronta la dificultad. La abolición de la esclavitud es una de las grandes conquistas de la civilización cristiana: necesario es preguntar á quién se debe. ¿Es obra del Protestantismo? Nó. Cuando Lutero proclamó la rebelión contra toda autoridad, ya la Iglesia, por medios suaves, sin provocar el odio del esclavo contra su dueño, ni permitir el odio de éste contra aquél, había dado en tierra con esa degradante institución, que según toda la filosofía pagana, *provenía de la misma naturaleza*. ¿Queréis una prueba? Si sois amigos de los estudios serios, registrad las disposiciones de los Concilios, y su lectura no os dejará duda alguna. La Iglesia no echará en olvido que ante Dios no hay acepción de personas; el señor y el esclavo, el rico y el pobre tienen un mismo divino origen y un mismo fin.

La intolerancia, el despotismo, la inquisición, el supuesto antagonismo entre la ciencia y la fe, la libertad política y civil, los jesuitas, en fin, todos los hechos aislados que con frecuencia se agrupan para formar un negro cuadro de la historia de la Iglesia, están analizados en el *Protestantismo* con tal penetración, que apenas puede creerse que Balmes en tan pocos años hubiera adquirido tanta ilustra-

(1) Benito García de los Santos. *Vida de Balmes*, Madrid, 1848.

ción en materias políticas, y tanto conocimiento de esas épocas de transición que por su complejidad muy poco se prestan á riguroso examen.

Los Institutos religiosos, combatidos siempre por la Reforma, enemiga como es del celibato eclesiástico, es otro de los asuntos que Balmes se propone en esta obra: "fueron á un tiempo, dice, la expresión y la satisfacción de grandes necesidades sociales"; y ora presenta á los monjes de Occidente concurriendo á la obra de la civilización con ejemplares de virtud, en medio de una edad heredera de la disolución de Roma, ora muestra los monasterios de la Edad Media, entre un pueblo semibárbaro, como centros del saber encargados de conservar los vestigios de la antigua cultura.

Mucho de lo que con respecto á los Institutos religiosos escribió en las *Observaciones*, así como la *Religión demostrada*, no son sino fragmentos anticipados del gran monumento histórico y filosófico que nos ocupa; y así, en el *Protestantismo* incluyó textualmente, para combatir á Guizot, algo de lo que en las *Observaciones* había dicho á propósito de la independencia de los bárbaros, considerada por el escritor citado como origen de la independencia personal.

Realizó Balmes en esta obra el precepto del lírico latino enlazando lo agradable con lo útil; supo envolver en hermosos ropajes cuestiones cuyo estudio sólo halaga á espíritus ya hechos á muy escabrosas dilucidaciones del saber; logró, en fin, que su lectura fuese amena aun para los hombres menos amantes de las controversias religiosas; y á menudo se observa que gentes que miran de reojo las obras de eminentes escritores católicos, leen con cariño las obras del Doctor español y acogen sus opiniones con respeto.

Al mismo Balmes se pueden aplicar estas palabras suyas: "De en medio del bullicio de un mundo corrompido é indiferente, lánzanse á menudo hombres privilegiados,

cuyas frentes ha tocado la llama de la inspiración, y cuyos corazones están abrasados por el fuego del celeste amor." (1) En verdad, Balmes tenía mucho del corazón encendido de San Agustín, y del mismo modo que las *Confesiones* de éste son un himno de alabanza al Divino Artífice, en cada página del *Protestantismo* se columbra el alma ardiente del cristiano que tiende hacia "el Sér infinito que abismado en la contemplación del piélago de luz que encierra en su esencia, no ha dejado de crear este universo que nos asombra, ni deja de conservarlo con inefable bondad y de regirlo con inconcebible sabiduría." (2)

En *El Protestantismo* es donde se nota más la influencia que en su espíritu habían ejercido Chateaubriand y José de Maistre. Algunas fuertes plumadas sobre los castigos temporales son sin duda reminiscencias del último, y tiene á veces el tinte melancólico de Chateaubriand.

VI

No bien hubo acabado el tercer tomo de *La Civilización*, emprendió solo la publicación de otra revista, *La Sociedad*, en la cual continuó los altos estudios religiosos, políticos y sociales que había empezado en el periódico anterior. En ella aparecieron las primeras *Cartas á un escéptico*. No es ésta la obra más conocida de Balmes, pero no por eso deja de tener subidísimo mérito: es la obra verdaderamente doctrinal del teólogo español. Examina con gran precisión y claridad las objeciones que con más frecuencia se hacen contra la Religión Católica, y las deshace en ameno estilo, apelando unas veces al corazón, otras á la lógica. Cartas hay iguales á las más brillantes páginas de las *Veladas de San Petersburgo*. Balmes conocía bien los funestos males de este escepticismo moderno, razonador y frío, que invade poco á poco á la sociedad y mata en germen los más vivos y nobles sentimientos.

(1) *El Protestantismo*, t. II. París, 1846.

(2) *Ibid.*

VII

Corría ya el año de 1843, y era Barcelona teatro de sangrientos trastornos; los partidos, enardecidos con la lucha, producían largo eco en ese pueblo activo y viril que siempre se ha distinguido por su infatigable ardor en la guerra. No era, pues, prudente que Balmes, miembro caracterizado de un fogoso partido, permaneciera en aquella ciudad; y así, acompañado de un guía, y sin más libros que su Breviario, la Biblia y la Imitación de Cristo, logró, no sin trabajo, llegar á la granja de un amigo, en donde duró un mes. Cuando juzgó posible volver á Barcelona, el sabio Doctor llevaba manuscrito un libro inmortal: *El Criterio*.

¿Quién no ha meditado en este mundo silencioso y oscuro de la conciencia, en que con la rapidez de las ondas de un río se suceden unas impresiones á otras? ¿Quién no ha pensado en esa lucha tenaz de opuestos y secretos móviles que se desarrollan en los arcanos del yo? Colocado el hombre en medio de la creación, obran los agentes exteriores sobre él y trazan hondas huellas en su alma, al paso que el espíritu reviste á veces la naturaleza con sus propias formas ya tristes, ya risueñas. Para el que padece, ninguna hermosura tiene la diáfana claridad de un día de Diciembre; en cambio, el que goza halla indecible encanto en las lluviosas y largas mañanas de invierno. Balmes en *El Criterio* analiza estos misteriosos problemas. El lenguaje sencillo y elocuente de la verdad informa esas bellas páginas, en que todo es interesante, elevado, soberbio. “La razón es fría, pero ve claro; darle calor y no ofuscar su claridad: las pasiones son ciegas, pero dan fuerza; darles dirección y aprovecharse de su fuerza.” Estas palabras de Balmes son la síntesis de *El Criterio*.

El origen de esta obra magnífica pone de manifiesto hasta qué punto tenía Balmes una ciencia propia, hasta dónde había hecho suya, por asimilación, la doctrina obje-

to favorito de sus estudios, hasta qué grado su ilustración no era la de segunda mano que priva en este siglo.

También nos suministra *El Criterio* otro dato que revela cuánto se había acentuado en Balmes el hábito del método, la manera lógica de encadenar las ideas. No lo dividió al principio en capítulos y párrafos, como lo conocemos todos; escribió de seguida, y sólo hizo la división que hoy tiene, cuando un amigo suyo le hizo notar que sin que él mismo lo comprendiera, aparecía como si un plan estricto hubiese precedido á su ejecución.

“Exacto como Santo Tomás—dice un escritor, á propósito de *El Criterio*,—atrayente como Platón, jugoso como la Imitación de Cristo, Balmes, sin apegarse á riguroso método, analiza con fijeza todas las cuestiones. Enagajándose con aparente facilidad, conduciéndose por floridos senderos, os ha hecho recorrer todas las cimas y todos los abismos de la más encumbrada filosofía.” (1)

VIII

Para algunos es laudable el celo mostrado por nuestros hombres públicos para mantener á nuestro clero alejado de las cosas políticas, con el fin, según entendemos, de que colocado en bien alto lugar no alcance á él ni una sola gota de las turbias aguas en que luchan los partidos; pero permítasenos que sospechemos en esto algo del hipócrita rigor de los solitarios de Port-Royal.

No sucede lo mismo en España, y así vamos á encontrar ahora á Balmes á la cabeza de un periódico político. *El Pensamiento de la Nación*.

Muerto Fernando VII, una gran guerra había ensangrentado el suelo de la Península. Dos partidos, ambos poderosos, monárquicos ambos, pugnaban por colocar en el trono al heredero que, con arreglo á ciertas leyes, juzgaban legítimo. Aquel monarca había dejado, al morir, una

(1) Vid. Darras. *Histoire de l'Eglise*, t. 40, p. 499.

niña que conforme á la ley sálica, derogada y vuelta á poner en rigor, debía para unos ser la sucesora de Fernando; en cambio, para otros, esta ley ya no existía, y sólo D. Carlos, sobrino de Fernando, debía tenerse como legítimo heredero de la corona. Representaba, además, el primer partido ideas liberales y progresistas, y en el segundo estaba encarnado el absolutismo antiguo con toda su crudeza. Hay más: al lado de Isabel estaban las armas; el Carlismo había sido vencido en reciente campaña, y sólo se trataba de discutir cuál sería el esposo que le conveniría á la Reina. Esta fue una de las tareas que se impuso Balmes en *El Pensamiento*.

Otra cosa que se propuso llevar á cabo el autor de *El Criterio* fue la reforma de la Constitución de 1837: inspirada en los mismos principios que la de 1812, no sintetizaba, en concepto de muchos, las ideas y tradiciones de la nación española. "El orden político de España está en desacuerdo con el social; los poderes que funcionan en aquél no son la genuina expresión de los que existen en éste," decía Balmes.

Antes de desarrollar su vasto sistema político pensó que era preciso decir la verdad toda entera; y como, aunque defensor de D. Carlos, nunca llegó á ese odio tenaz á toda innovación, á todo progreso, que caracteriza á aquella falange de reaccionarios, quiso con la franqueza prevenir los tiros de la intolerancia.

"Si se quiere que triunfe la verdad—decía—es menester que sus defensores se muestren sinceros amantes de ella; donde haya un bien lo alaben, donde un mal lo condenen; porque daña mucho á las causas justas y santas el emplear en su defensa las armas del error, que son el disfraz, el disimulo y la mentira. Recordemos que peleando por grandes principios, por verdades eternas, no conviene que nos constituyamos defensores de objetos pequeños y transitorios, ni mucho menos que nos empeñemos en excusar las faltas y los abusos, aun cuando se hayan cubierto

con velos respetables. Fijos los ojos en las instituciones, debemos olvidarnos de las personas; si alguna vez éstas no han llenado el alto objeto de aquéllas, reconozcámoslo con noble lealtad, que cuando no alcancemos otro resultado nos atraeríamos el aprecio y la confianza de nuestros propios adversarios."

Las primeras labores periodísticas las consagró en seguida á investigar los elementos que en España tienen un poder efectivo: la monarquía y la religión se presentaban á los ojos del grande hombre como el centro en derredor del cual debían girar todos los demás intereses; la monarquía, según él, había permanecido firme al través de todos los trastornos, era un sentimiento ardiente, una necesidad sin la cual la nación no podía existir; y "la Religión Católica, escribía, tiene en España una fuerza propia, intrínseca, independiente del apoyo del Gobierno, y que, por tanto, será bastante á conservarse, sean cuales fueren las vicisitudes políticas." Sin embargo, no se le ocultaban los desmanes que en su nombre pudieran cometerse, y así increpaba á los hombres pensadores:

"No identifiquéis la causa eterna con ninguna causa temporal.... No es la política la que ha de salvar á la religión, la religión es quien ha de salvar á la política; el porvenir de la religión no depende del Gobierno; el porvenir del Gobierno depende de la religión; la sociedad no ha de regenerar á la religión: la religión es quien ha de regenerar á la sociedad."

Estudió también la aristocracia y la democracia españolas, pasó revista á los diversos partidos en que está dividida la Península, examinó la cuestión del concordato y la de la liga con las demás naciones europeas, trató de la devolución de los bienes del Clero, enseñó las veces que la Constitución de 1837 había sido violada, y pidió, por último, su reforma.

El modo como Balmes formuló su proyecto de Constitución es la manifestación más evidente de sus ideas sobre

los recíprocos derechos y deberes del soberano y el pueblo. Fastidia ba al Presbítero español la tendencia de toda ley fundamental á reglamentarlo todo, y recordando que los artistas franceses han hecho esfuerzos para escribir su Carta en una caja de rapé.

“A los españoles, dice, quisiéramos ahorrarles ese trabajo, haciendo de manera que la Constitución pudiera estar contenida en las dos caras de nuestra moneda con pocas más letras de las que ésta lleva en la actualidad. En la una está la efigie y el nombre del Soberano; hé aquí el poder real; en la otra podían estar las garantías populares en un solo artículo: *La Nación en Cortes otorga los tributos é interviene en los negocios arduos.*”

A pesar de la moderación con que Balmes expresó sus ideas en *El Pensamiento*, no se libró de la tacha de intolerante y amigo de las tinieblas; pero en esta vez no sufrió con paciencia tan dura inculpación, y en un hermoso artículo, resumen y compendio de sus oponiones políticas, se defendió de ella.

La tarea periodística de Balmes no tardó mucho en dar sus anhelados frutos: á poco sus ideas fueron patrocinadas y defendidas por el mismo Gobierno, y la reforma de la Constitución se llevó más tarde á cabo. Quedaba sólo en pie una parte de la obra que se había propuesto: ilustrar el asunto de las reales bodas.

Cuestión era ésta de altísima importancia: la prensa guardaba silencio sobre el enlace de la Reina ó giraba con suma timidez en torno de él. Balmes planteó el problema: había proclamado la necesidad de fundar un Gobierno, y para ello la necesidad de un casamiento.

A fuer de buen carlista, pensó en realizar, por medio del matrimonio de Isabel, una firme unión entre los dos descendientes de Fernando. Su ideal era que el primogénito de D. Carlos fuese el esposo de la Reina. Con ello se conseguiría la aproximación de los dos partidos que militaban por la causa de cada uno de estos dos príncipes: el

uno traería ideas de progreso, y el otro el amor á las tradiciones españolas.

Por de pronto había que vencer una dificultad: era necesario que Carlos renunciara la corona en favor de su hijo, y esto se verificó en parte merced á los esfuerzos de Balmes. Entonces fue cuando Carlos Luis, hijo de D. Carlos, apenas se llevó á cabo la abdicación, lanzó desde Bourgues, en 23 de Mayo de 1845, un célebre manifiesto, atribuido á Balmes, en que se invitaba á los españoles á la conciliación.

A principios de 1846 la cuestión del matrimonio agitaba mucho los ánimos en la Península. Rechazado el candidato favorecido por la Francia, la Corte de Luis Felipe resolvió entrar en negociaciones con el Conde de Montemolín, hijo de D. Carlos; formuláronse unas bases, y luego que le fueron presentadas á la Reina, se le transmitieron por conducto de la Francia á los desterrados de Bourgues, los cuales eligieron para consultar á Meternich y á Balmes. La respuesta del humilde sacerdote español coincidió en todo con la del decano de los diplomáticos europeos.

Por desgracia la Corte francesa intervino después en favor de otro príncipe, y á poco los periódicos anunciaban el matrimonio de la Reina con D. Francisco de Borbón. Como que Balmes alimentaba aún la esperanza de que él no se realizara, y así con viril entereza continuó la publicación de *El Pensamiento*, hasta las reales bodas.

La obra de Balmes como periodista, si menos duradera, no fue menos meritoria, y aunque no hubiese alcanzado nada de lo que se propuso con la fundación de su periódico, fue á lo menos un modelo de la elevación de ideas que debe distinguir á los encargados de tan alto magisterio. Jamás subordinó los intereses transitorios á los permanentes, antepuso al bien de la patria sus propios bienes, y echó siempre su mirada desde las alturas, como el águila, para ver los puntos culminantes, sin fijarse en lo vulgar y mezquino.

Muchos de los artículos publicados en *La Civilización*, *La Sociedad* y *El Pensamiento de la Nación*, fueron reunidos por Balmes y publicados en volumen aparte.

LUIS MARÍA MORA

(Continúa)

La beatificación del patriotismo

“La Patria es la tierra donde vimos por primera vez la luz del día, donde nos purificó el sacerdote con las aguas del bautismo, donde tenemos los más íntimos afectos, donde descansan las cenizas de nuestros padres. Es la iglesia en que invocábamos á Dios cuando pequeños, los campos en que jugábamos niños, la escuela en que aprendimos los primeros rudimentos del saber. La Patria es la sangre que nos corre en las venas, la lengua castellana que recibimos de los labios maternos, la dulce religión católica, consuelo único en todos los pesares de la vida. Patria son los sacrificios de nuestros misioneros, las glorias de nuestros antiguos soldados, las virtudes de los fundadores de la República, los grandes hechos de nuestra guerra magna.

“El amor á la Patria es virtud; más aún, es deber imperioso de moral, y de moral cristiana. El Salvador mismo quiso anunciar antes que á nadie la buena nueva del Evangelio á las ovejas de la casa de Israel, y lloró sobre las futuras desgracias de Jerusalén, como lloró sobre el sepulcro de Lázaro, su amigo. San Pablo se gloria en sus epístolas de ser israelita, descendiente de los antiguos patriarcas, con ser el pueblo judío nación deicida, reprobada de Dios. No es el amor patrio obligación impuesta sólo por ley positiva; León XIII afirma que es de ley natural, *lege naturæ*; que ha de ser uno de nuestros principales afectos, *præcipue diligere iubemur*; que ha de impulsarnos á defender, *tueri*, el suelo natal; y á defenderlo hasta rendir la vida, *mortem pro patria oppetere*; de modo que sólo quien